

# QUINE EN PERSPECTIVA <sup>1</sup>

*Richard Schuldenfrei*

Swarthmore College, Pennsylvania <sup>2</sup>

LA INMENSA MAYORÍA DE LOS TRABAJOS sobre Quine parecen reflejar una interpretación fundamentalmente errónea de lo que constituye el verdadero objetivo en la obra de Quine. <sup>2</sup> En el presente artículo espero situar su obra bajo una mejor perspectiva, sometiendo a análisis su argumento contra la determinación de la traducción. En la primera sección contrasto la filosofía de Quine con otras filosofías. En la segunda sección discuto el argumento principal sobre la traducción y en la tercera considero la cuestión de la circularidad en Quine y su concepción de la evidencia.

## I

La presentación más elaborada de la tesis de la indeterminación de la traducción se encuentra en *Palabra y objeto*. <sup>3</sup> El modo más esclarecedor de abordar este libro es considerarlo como una obra de filosofía dentro de la tradición

<sup>1</sup> Agradecemos al Prof. R. Schuldenfrei y a los editores de *The Journal of Philosophy*, en cuyas páginas (vol. LXIX, n.º 1, enero de 1972, pp. 5-16) apareció en inglés, el permiso y la concesión de derechos para la publicación de este artículo en castellano.

<sup>2</sup> Esta afirmación no es aplicable, sin duda, a todos los trabajos sobre Quine y con toda seguridad que no vale para el artículo de Gilbert Harman "Quine on Meaning and Existence", *Review of Metaphysics*, XXI, 1, 2 (sept.-dic., 1967). Algunas partes del presente artículo deben mucho a ese trabajo, y los puntos de vista sobre Quine expresados aquí son, creo, fundamentalmente similares a los de Harman.

<sup>3</sup> *Word and Object*, Cambridge, Mass.: MIT Press., 1960. Traducción castellana de M. Sacristán en Ed. Labor, Barcelona.

clásica, es decir, en el sentido de que presenta una concepción del mundo.

Quizá la mejor manera de caracterizar la concepción del mundo de Quine sea decir que se trata de una concepción materialista anti-cartesiana. Es materialista anti-cartesiana porque afirma, primero, que en el mundo existe fundamentalmente sólo un género de entidades y que este género es precisamente el estudiado por los científicos de la naturaleza: es decir, los objetos físicos; y, en segundo lugar, que hay sólo un género de conocimiento en el mundo, y que ese género se identifica con el género de conocimiento ejercitado por los científicos de la naturaleza.

La significación del primer aserto (como también de una gran parte de la obra de Quine) queda puesta de relieve con máxima claridad cuando se la contrasta con puntos de vista contrarios. Con lo que choca este primer aserto es con las afirmaciones hechas por muchos filósofos de que existen mentes, pensamientos, ideas, conceptos, intenciones o significados más allá de lo que puede ser tratado dentro del marco de los objetos físicos. Quine cree que todo aquello que sea de alguna utilidad en nuestro discurso sobre tales entidades puede ser capturado por la psicología "behaviorista", que él considera como la física de las personas. Este punto de vista lo enfrenta con los ontologistas, ralea del linaje cartesiano, por no mencionar las tradiciones griega y cristiana de la creencia en un alma fundamentalmente separada del cuerpo o la tradición freguiana en semántica.

Por ingeniosos que hayan sido los filósofos para inventarse diferentes tipos de entidades, lo han sido más aún para inventar diferentes tipos de conocimiento. Puesto que Quine rechaza específicamente las entidades mentales, no sorprenderá que rechace también la escisión del conocimiento que resultaría de reconocer una ciencia especial de lo mental, como siguiendo a Brentano parece hacer Chisholm. Quine rechaza también una distinción de tipos de conocimiento basada en la pretensión de que unos conocimientos tienen contenido y otros no. Pero lo que rechaza no son sólo las distinciones de conocimiento basadas en supuestas diferencias de objeto o en la ausencia de objeto. Lo que

rechaza son las diferencias de conocimiento basadas en diferencias de estatuto modal, como son las aceptadas por filósofos que creen en la verdad necesaria. Rechaza las diferencias de conocimiento basadas en pretendidas diferencias en la fuente de su verdad, como son las aceptadas por los que creen en la verdad por convención. Rechaza las diferencias de conocimiento basadas en *supuestas* diferencias en la fuente de ese *conocimiento*, como son las aceptadas por los que creen en el conocimiento *a priori*. Rechaza las diferencias de conocimiento asociadas con la tesis de que ciertos tipos de conocimientos son fundamentalmente más seguros que otros, como son las aceptadas por los que creen en la certeza de los "informes sensoriales" o de la lógica.

El punto central de la posición de Quine frente a estas tesis es su argumentación en contra de la teoría del significado en general y del concepto de analiticidad en especial. La principal razón de su interés por ambos temas no es la importancia intrínseca de los mismos, sino su conexión con dichas tesis. Desde que fue introducida por Kant, la analiticidad ha sido siempre una manera de explicar la verdad necesaria, y en consecuencia, presumiblemente, el conocimiento *a priori*. Esa fue también su función más importante para el positivismo, que es la forma de pensamiento contra la que Quine reacciona más directamente. Para ver lo que Quine combate, es importante entender cómo funcionó la teoría del significado, qué papel jugaba para los positivistas.

Si hubiera un punto crucial en que se resumiera el positivismo, sería éste: que la teoría positivista del significado permitiría a los partidarios de tal corriente reconciliar con su empirismo las dificultades sobre las matemáticas y la causalidad. Era la *necesidad* en esas áreas lo que parecía presentar la dificultad, puesto que el conocimiento de la necesidad no es, *presumiblemente*, conocimiento empírico. En tiempos de Hume la geometría era uno de los más insuperables obstáculos, pero los trabajos decimonónicos sobre las geometrías no euclídeas habían debilitado la pretensión de dicha ciencia de ser a la vez sintética y necesaria, y la obra de Einstein hizo que esto no constituyese ya un serio problema para un empirista. Sólo la necesidad

de la aritmética y las dificultades relativas a la causalidad se interponían a la refutación de Kant y al rechazo del *conocimiento sintético a priori*. Pero he aquí que se hizo la luz, al final del túnel, sobre estos dos temas. Russell y Frege habían “reducido” el problema de la matemática al problema de la “lógica”. Comte había sugerido que la noción de causa era un residuo de la metafísica. Todo lo que había que hacer era dar razón de la necesidad de la lógica (sin que ello implicase sostener un conocimiento real *a priori*) y defender los puntos de vista de Comte sobre la causalidad. La teoría del significado (dejando de lado los pormenores) realizaba ambas cosas.

La teoría del significado enseñaba a los positivistas que las sentencias que no pudieran ser verificadas no tenían contenido. Asimismo les enseñaba que, de entre las sentencias sin contenido, unas eran metafísicas y otras eran verdaderas (o falsas) por virtud de una convención lingüística o del significado de sus términos. Los enunciados causales no podían ser verificados y no eran verdaderos (o falsos) por convención; luego eran metafísicos, tal como pretendían los positivistas. Los enunciados necesarios no podían ser verificados, pero eran verdaderos por convención lingüística y, por lo tanto, vacíos, y no constituían conocimiento real. De este modo, el hecho de que fuesen *a priori* no implicaba que fuesen *conocimiento a priori*. Así, pues, la teoría del significado ataba todos los cabos sueltos del empirismo —o parecía hacerlo. Para los positivistas, el hecho de que la teoría del significado solucionase aquellos seculares problemas compensaba la aparente devaluación del sentido de la filosofía que parecía tener que reducir a ésta a un aspecto de la teoría del significado.

Al enjambre de dificultades que planteaba la tesis de que todos los enunciados significativos eran verificables mientras que los metafísicos no lo eran, se añadía un problema muy interesante y rebelde con el que los positivistas nunca se enfrentaron adecuadamente. Era el problema del estatuto del principio de verificabilidad, del estatuto de la teoría del significado. Una manera de contemplar la obra de Quine consiste en mirarla como un intento de

extraer las consecuencias que se siguen si se reconoce que *también* la teoría del significado tiene que ser empírica. Desde este punto de vista es desde donde atacará Quine la teoría del significado, considerada como un intento para solucionar los problemas del empirismo.

## II

El argumento en favor de esta concepción del mundo y el ataque de Quine a la teoría del significado (ambos son inseparables), consta de dos partes. La primera consiste en establecer que las pretensiones de conocimiento que aspiran a ser tenidas por tales, pueden ser divididas en dos campos o segmentos de forma que la ciencia física y aquellas partes de la psicología que merece la pena cultivar se coloquen en uno de esos dos segmentos y las zonas que hubieran de basarse en "una ciencia de lo mental", en otro; y en especificar a continuación que podemos atenernos al primero sin tener por qué aceptar el segundo. El punto central estriba en hacer ver que ambos segmentos no están tan estrechamente entrelazados que no haya forma de prescindir del segundo sin perder el primero, a la manera como es imposible sacar la arena del cemento y seguir teniendo cemento. El segundo aspecto del argumento consiste en establecer que, cuando sólo se toman en cuenta las exigencias de la ciencia natural, éstas forman un todo tan coherente que es capaz de dar cuenta de aquello de lo que es necesario dar cuenta, y que el modelo que forman debería ser nuestro modelo del mundo. El argumento en favor de la indeterminación de la traducción se orienta a la defensa de la primera parte de esta argumentación total.

"... La tesis de Brentano de la irreducibilidad de los giros intencionales es inseparable de la tesis de la indeterminación de la traducción.

Por todo eso, la tesis de Brentano puede entenderse de dos modos: o como prueba de que los giros intencionales son insuprimibles y de la importancia de una ciencia propia de la intención; o como prueba de la falta de base de los giros intencionales y de la

vaciedad de una ciencia de la intención. Mi actitud es la segunda, no la de Brentano. Aceptar por su valor facial el uso intencional es, como hemos visto, postular que las relaciones de traducción son algo objetivamente válido, pero pese a ello indeterminado en principio respecto de la totalidad de las disposiciones verbales. Esa manera de postular no promete gran cosa en cuanto a comprensión científica, si no tiene mejor fundamento que la idea de que las supuestas relaciones de traducción son efectivamente un presupuesto del modo común de hablar de semántica y de intención" (W&O, 221; pág. 230 de la ed. castellana).

Si la tesis de la indeterminación de la traducción desempeña la función que he descrito en la filosofía de Quine, entonces no necesita, de suyo, constituir un argumento contra la postulación de relaciones de traducción objetivamente válidas. Y si forma "una pieza con la tesis de Brentano de la irreducibilidad de las formas idiomáticas intencionales", entonces el referido argumento es lo que no es, puesto que Brentano sostuvo ambas tesis, la que toma de él su nombre y la de la validez objetiva de las relaciones de traducción, y ello sin incurrir en inconsistencia. La tesis de la indeterminación de la traducción funciona en la filosofía de Quine para establecer la eliminabilidad de la ciencia de lo mental; el argumento para eliminarla es que "promete poca ganancia en comprensión científica". Como todo buen argumento, este último es circular, pero es ese un punto en el que no necesitamos entrar ahora. La cuestión importante a subrayar aquí es simplemente que no se trata de un argumento cuyo punto de partida sea una indiscutible premisa mayor, sino que se trata de un argumento cuya fuerza proviene del hecho de que si uno acepta sus supuestos adquiere una imagen coherente del mundo. La imagen es la que está prescrita por todas las sentencias que sean einsteinianamente verdaderas.

Esta forma de considerar el argumento de Quine abre la posibilidad de entender por qué una de las objeciones más tentadoras que cabe hacerle está fuera de lugar. Esta objeción es que, mientras rechaza explícitamente la teoría



verificacionista del significado, está rechazando los significados porque lo que se dice acerca de ellos no puede ser verificado. En distintas versiones tanto Carnap<sup>4</sup> como Chomsky han propuesto esta crítica o alguna similar.

“... ¿y qué decir del supuesto de que aunque en física se puede trabajar dentro del marco de una teoría conjetural, no es posible hacer lo mismo en el estudio del lenguaje (o en el aprendizaje del lenguaje, o en la traducción o en la interpretación de lo que oímos) porque no está permitido hacer enunciados generales acerca de “teorías de sentido común”, dado que las propiedades innatas de la mente no pueden imponer condición alguna al lenguaje y a las teorías? Esto es simplemente la doctrina empirista clásica, o tal vez fuera hoy “dogma” el término más exacto... Interpretada en un contexto epistemológico, como pretensión acerca de la posibilidad de desarrollar la teoría lingüística, la tesis de Quine es simplemente una variante de los conocidos argumentos escépticos que pueden también aplicarse a la física, al problema de la percepción verídica, o por lo que aquí respecta, a sus “hipótesis genuinas”. Es muy cierto que esas hipótesis rigurosas concernientes a la lengua de un hablante nativo... irán “más allá de la evidencia”. Si no lo hicieran carecerían de interés. Dado que van más allá de una mera colección de los datos, se dará el caso de que aparezcan suposiciones consistentes con los datos y

<sup>4</sup> Al comentar el ataque de Quine contra la teoría lingüística del *a priori*, y refiriéndose especialmente a la distinción analítico-sintético. Carnap dice: “Esta distinción es efectuada por una amplia mayoría de filósofos, incluso por algunos de los que no la reconocen explícitamente en esos términos o incluso la rechazan. A título de ejemplo me referiré a un filósofo (obviamente Quine) cuyo trabajo tengo en gran estima, aunque no puedo estar de acuerdo con él en todos los detalles de sus perspectivas. Este filósofo emprendió una vez la tarea de destruir una cierta doctrina propuesta por algunos otros filósofos... Lo que demostró fue que varios intentos de asignar un significado experimental, empírico, a esta doctrina, no alcanzaron éxito. Finalmente, llegó a la conclusión de que esa doctrina, aunque no es falsa, es ‘vacía’ y ‘carente de significado empírico’”. (De “Reply to Quine” en P. A. Schilpp, ed., *The Philosophy of Rudolph Carnap*, Evanston, Ill.: Northwestern Univ. Press., 1963, p. 522.)

en competición entre sí. Pero ¿por qué sorprenderse o preocuparse por ello en esta ocasión?”<sup>5</sup>

El artículo de Chomsky exasperó un tanto a Quine:

“Lo que me reafirma es el hecho de que en ningún momento está claramente en desacuerdo con mi posición. Lo que encuentro frustrante es que muestra gran desacuerdo con lo que él cree que es mi posición” (*Synthese*, 274).

“Aunque la lingüística es, por supuesto, una parte de la teoría de la naturaleza, la indeterminación de la traducción no es una simple herencia, a título de caso especial, de la sub-determinación de nuestra teoría de la naturaleza. Es paralela, pero adicional. Así adoptemos por ahora mi actitud completamente realista hacia los electrones y muones y el espacio-tiempo curvo, coincidiendo de este modo con la teoría corriente del mundo a pesar de que sabemos que es en principio metodológicamente subdeterminada. Consideremos, desde este punto de vista realista la totalidad de las verdades de la naturaleza, conocida y desconocida, observable e inobservable, pasada y futura. Lo más importante de la indeterminación de la traducción es que resiste incluso toda esta verdad, la verdad total acerca de la naturaleza. Esto es lo que quiero decir cuando afirmo que allí donde se aplica la indeterminación de la traducción no se plantea el problema de la elección correcta. No hay ni rastro de la cuestión incluso *dentro* de la reconocida sub-determinación de una teoría de la naturaleza” (*Synthese*, 275).

Si la indeterminación, que, según Quine, está presente en la traducción fuera tal que cualquier X que fuera indeterminado fuera inaceptable, la admisión por Quine del paralelismo entre la indeterminación de la física relativa a la observación y la indeterminación de la traducción rela-

<sup>5</sup> N. Chomsky, “Quine’s Empirical Assumptions” en *Synthese*, XIX, I (Diciembre 1968), 66-67. De ahora en adelante abreviaremos con *Synthese*.



tiva a la física sería fundamento suficiente para argüir que Quine no puede aceptar la física. Pero Quine no acepta tal principio. El punto central está en que, por lo que se refiere a la física, la traducción es indeterminada. Pero ese extremo tiene, de por sí, poco peso. La importancia de la física como punto de referencia ha de ser establecida. Y eso hay que argumentarlo por separado.

¿Cuál es entonces el argumento para prescindir de la tesis de la traducción determinada, dado que es separable de la física? Esencialmente es el siguiente. Lo que estamos haciendo es especificar el lenguaje en el que el mundo ha de ser descrito. Esa descripción ha de ser científica. La ciencia tiende a la objetividad. Las formas idiomáticas con las que está conectada la determinación de la traducción—significados, proposiciones, condicionales subjuntivos—son formas idiomáticas en gran medida subjetivas. Y lo que es más, no son necesarias para trazar una imagen comprensiva del mundo.

“Si tomamos la notación canónica con esa austeridad... disponemos exclusivamente de estas construcciones básicas: predicación, cuantificación universal y funciones veritativas (reducibles todas a una). Los componentes últimos son las variables y los términos generales; y éstos se combinan en la predicación para formar las sentencias atómicas abiertas. Lo que se nos ofrece entonces como esquema para sistemas del mundo es una estructura perfectamente conocida por los lógicos contemporáneos: la lógica de la cuantificación o cálculo de predicados.

No se trata de suponer que los giros idiomáticos a los que así se renuncia sean innecesarios en la calle o en el laboratorio... La doctrina dice tan sólo que ese idioma canónico puede ser abstraído y luego adherido a los enunciados de la propia teoría científica. La doctrina dice en sustancia que todos los rasgos de la realidad que son dignos de nombrarse pueden establecerse en un idioma de esa forma austera” (W&O, 228; pág. 237 de la ed. castellana).

La austeridad se justifica de dos modos. Uno es la exclusión de ciertas cosas. ¿Se basa tal exclusión en una aceptación implícita del principio de verificabilidad que Quine pretende estar rechazando?

Quine, claramente, cree que las teorías que complican nuestro esquema conceptual sin añadirle nada útil, y son "vacías" en este sentido, deben ser rechazadas. Y la lista arriba mencionada refleja su opinión sobre el asunto. Pero esto no significa que él acepte una formulación completa del principio de verificabilidad, y mucho menos la elaborada teoría del significado, del conocimiento y de la ontología que le acompañaban en el positivismo. De hecho, en la medida en que el principio de verificabilidad fue un intento de diferenciar lo científico de lo no científico, esta lista de formas idiomáticas es una alternativa científica a aquel acientífico principio, puesto que está destinada a satisfacer la misma necesidad:

"Constituiría un caso de injustificado racionalismo suponer que podemos salirnos del quehacer de la ciencia adelantándonos a la ciencia en ejercicio y llegar a un cierto cuerpo de teoría científica... Describir a la ciencia como el dominio del juicio cognitivo no nos garantiza nada... Pero si sacamos provecho del trabajo científico existente, sin sentir escrúpulos en identificarnos con una posición científica sustantiva, podemos delinear, hasta cierto punto, el objetivo científico o el dominio cognitivo".<sup>6</sup>

Identificándose personalmente con la posición sustantiva que hemos descrito al principio del presente artículo, Quine caracteriza lo científico, en la medida en que puede hacerse, por medio de una investigación empírica de los tipos de cosas que los científicos intentan realizar y de una especulación acerca de qué tipo de lenguaje servirá para ese propósito. La lista citada es el resultado de esa investigación.

<sup>6</sup> *The Ways of Paradox*, New York, Random House, 1966, p. 221/2. En adelante abreviaremos WP.

“La doctrina es que todos los rasgos de la realidad dignos de tal nombre pueden ser establecidos en un idioma de esta forma austera.” La defensa de esto no es simplemente un rechazo de cualquier cosa que la ciencia natural no pueda manejar, *prima facie*. Parte de la defensa de esta posición consiste en empujar hasta el límite a la ciencia natural, para mostrar en cuán considerable medida puede darse cuenta en ese idioma de la cantidad de conducta humana investigadora. Y he ahí por qué la mayor parte de los dos primeros capítulos de *Palabra y objeto* está destinada a la elaboración de una epistemología detallada.

### III

Dijimos que el argumento es circular. Las formas idiomáticas intencionales son excluidas de la ciencia sobre la base de una generalización consistente en decir que la ciencia (la “ciencia real”) tiende a la objetividad (objetividad “real”). Pero la generalización que establece que la ciencia tiende hacia la objetividad en este sentido depende de que no se consideren como científicas las disciplinas que tratan de los objetos y materias intencionales en términos intencionales. Esta es una manera, aunque no la única, de poner de manifiesto la circularidad de la posición de Quine. El “círculo” puede ser “ensanchado” insertando en él más puntos de parada, y los mismos o similares puntos pueden ser descritos de maneras diferentes. Pero queda una circularidad. Su inevitabilidad aparece claramente por el hecho de que haciendo teoría de la ciencia, uno de cuyos puntos consiste en decir lo que la ciencia mínima es, Quine admite tener que adoptar una posición sobre la ciencia sustantiva. Es sólo “por no tener escrúpulos en identificarnos personalmente con una posición científica sustantiva”, por lo que podemos hacer metodología; de modo que la circularidad es virtualmente explícita. Otra manera de explicitar la circularidad es señalar que los capítulos 1 y 2 de *Palabra y objeto* dependen tanto de lo que les sigue como los últimos de lo que les antecede. Después de todo, los capítulos 1 y 2 son —Quine lo

admitiría— ciencia empírica. Son ciencia empírica del comportamiento, vale decir del comportamiento inquisitivo y lógico, de una cierta clase de entidad física, el hombre. Si la caracterización de la ciencia empírica desarrollada en los últimos capítulos es infundada, falla en parte la base que soporta a los dos primeros.

Es probable que una parte considerable de las malas interpretaciones de la posición de Quine, y mucho de lo que se ha escrito erróneamente sobre ella, sea el resultado de tratar a Quine “caritativamente”, procurando “comprender” su posición de manera que evite la circularidad. Sin embargo, por caritativos que sean estos intentos, están equivocados. El argumento de Quine es circular y él parece ser bien consciente de ello. El punto que se presta a caridad o controversia no reside en la cuestión de si la posición de Quine es circular o no, sino en la cuestión de si el círculo vicia su posición.

Innecesario es decir que Quine piensa que no, y la base de tal creencia es una de las más importantes perspectivas de la totalidad de su obra. En “Posits and Reality”, que es un primer bosquejo del primer capítulo de *Palabra y objeto*, Quine considera el argumento de que, puesto que nuestra evidencia para afirmar la existencia de los átomos y las moléculas es indirecta, deberíamos negar que realmente existen. Luego, después de señalar que se podría argumentar del mismo modo sobre los objetos físicos ordinarios, como las mesas y las sillas, dice:

“Hubo algún error en nuestros cánones de realidad... Habiendo observado que el hombre no posee evidencia de la existencia de los cuerpos más allá del hecho de que esta suposición le ayuda a organizar la experiencia, en vez de abandonar la pretensión de evidencia para la existencia de los cuerpos, deberíamos concluir: tal es, en el fondo, lo que esa evidencia es, sea que se trate de cuerpos ordinarios o de moléculas” (WP, 238).

Aunque es interesante que Quine convierta el argumento en una *reductio*, es más importante todavía señalar el

concepto de evidencia al que se acoge con dicho argumento. No se trata de una simple admisión de la inducción como manera aceptable de apoyar una tesis. Se trata de la aceptación de la simplicidad sistemática como una evidencia que está a la par con cualquier otra evidencia. Porque la evidencia en favor de los cuerpos, la evidencia en favor de nuestros sentidos, no es estadística; no se trata de casos que sirvan de apoyo a generalizaciones. Esta evidencia es el producto de una simplificación e integración sistemática.

Este concepto de evidencia, que da tanto peso al hecho de ser ayuda para la organización de la experiencia, debería ser contrastado con las concepciones cartesianas de la evidencia, las cuales, al apuntar hacia la certeza, permitían sólo inferencias que preservasen la certeza. Debería también ser contrastado con un empirismo del tipo representado por Mill, que sólo permitiría, tratándose de asuntos empíricos, inducciones de las que se pudiese mostrar, en última instancia, que se apoyaban en simple enumeración (suponiendo que por concatenación de inducciones pudiéramos establecer para ulteriores inducciones premisas tales como la uniformidad de la naturaleza), empirismo del que Carnap parece constituir un representante reciente. Y debería ser contrastado con la actitud de Carnap respecto a la simplicidad, tal como se expresa en "Empiricism, Semantics and Ontology":

"El lenguaje de cosas en su forma ordinaria sirve con el más alto grado de eficiencia a la mayoría de los propósitos de la vida corriente... Sin embargo, sería erróneo describir esta situación diciendo: 'El hecho de la eficiencia del lenguaje de cosas confirma la evidencia de la realidad del mundo de las cosas'; lo que deberíamos decir es más bien: 'este hecho hace aconsejable aceptar el lenguaje de cosas'." <sup>7</sup>

Si las perspectivas metodológicas de Quine pudieran ser separadas de sus perspectivas sobre la ciencia "sustantiva", podríamos decir que esta perspectiva de la evidencia

<sup>7</sup> En L. Linsky, *Semantics and the Philosophy of Language* (Urbana, Univ. of Illinois Press., 1952), p. 212.



era el punto crucial de sus perspectivas epistemológicas. Este aspecto poco advertido de la posición de Quine puede ser provechosamente considerado como uno de los hilos principales del entramado de creencias que constituye su filosofía, y es el punto en el que convergen focalmente sus más famosas tesis.

La actitud de Quine podría ser considerada como un rechazo del cartesianismo, y del positivismo por sus vestigios de cartesianismo. No hay ni un sólo aspecto digno de mención en semejante actitud de rechazo que no pueda ser virtualmente retrotraído hasta esa concepción de la evidencia que acabamos de señalar. El elemento cartesiano del positivismo que perturba más seriamente a Quine es la creencia en ideas, proposiciones y significados, y, por tanto, en la analiticidad, excepto en la medida en que tales ingredientes puedan ser insertados en un amplio marco behaviorista. El ataque de Quine contra el significado en "Dos dogmas" se fundamenta en un holismo epistemológico que se apoya, a su vez, en la concepción de la evidencia ya mencionada. Precisamente porque la simplicidad juega un papel tan crucial en la comprobación de las hipótesis científicas, es por lo que ninguna afirmación particular puede reducirse a su "contenido empírico". Precisamente porque un descubrimiento en un área debería abrir la posibilidad de un gran incremento de la simplicidad por cambios en otras áreas, es por lo que Quine dice que "nuestras aserciones sobre el mundo externo afrontan el tribunal de la experiencia sensible no individualmente, sino como formando un cuerpo".<sup>8</sup>

Esa concepción de la evidencia sirve también, en gran parte, como base para el rechazo que hace Quine de todo dualismo en el conocimiento por razón de su fuente. En particular, le permite tratar el problema del origen de nuestro conocimiento de las matemáticas y de la lógica. El punto crucial aquí es que esta concepción de la evidencia permite comprobar afirmaciones muy alejadas de

<sup>8</sup> *From a Logical Point of View* (Cambridge, Mass.: Harvard, 1953), p. 41. Traducción castellana por M. Sacristán con el título *Desde un punto de vista lógico*, Barcelona: Ariel, 1962.

la experiencia. Es lo que permite el contraste de teorías sobre la base de la observación cuando las teorías están interpretadas como siendo, en principio, irreducibles a enunciados sobre observación. Pero la lógica y las matemáticas son tan sólo algo más remotas que las teorías en su conexión con la experiencia, de modo que si las teorías pueden ser empíricas, ¿por qué no la lógica y las matemáticas? Si se puede decir de las teorías que han sido rechazadas por razones empíricas cuando la simplicidad aconseja su rechazo, lo mismo podemos decir de la lógica.

En el esquema cartesiano el conocimiento consta de dos partes: la fundamentación de la certeza y la superestructura basada en ciertas inferencias a partir de esa fundamentación. La concepción de la evidencia de Quine ataca no solamente a la última, sino también a la primera. Cuando se parte de un cuerpo de evidencia, las conclusiones a las que se llega deductivamente, o por generalización inductiva, no pueden entrar en conflicto nunca con esa evidencia, de acuerdo con los modelos deductivo o inductivo de conflicto. Pero en la concepción de la evidencia de Quine, tal conflicto puede —de la manera más enfática— suceder. Esto significa que una teoría que fuese óptima podría conducir al rechazo de alguna supuesta evidencia. Por esta razón, entre otras, rechaza Quine la noción de una base inexpugnable para el conocimiento. La cuestión de qué significa ser dato de conocimiento está tan abierta a la investigación empírica como cualquier otra. La misma epistemología que está haciendo Quine debe ser considerada como investigación empírica. Quine no piensa haber encontrado un punto de Arquímedes desde el cual filosofar sobre el *resto* del mundo. Filosofa sobre la totalidad del mundo, incluyendo al propio Quine y su epistemología.

Si una afirmación nos ayuda a organizar la experiencia, tenemos evidencia para tal afirmación. Algunas afirmaciones que nos ayudan a organizar la experiencia entran en conflicto con los datos. La experiencia fiable nos dice qué teorías son correctas y las teorías nos dicen qué datos son fiables. La circularidad, o la potencia de circularidad, se funda en esta concepción de la evidencia. Y la necesidad

de explicar tal circularidad en el razonamiento de Quine es cabalmente lo que nos lleva a examinar, en primer lugar, su concepción de la evidencia. Así, al acusar a Quine de determinar lo que son sus datos y lo que es la ciencia, sobre la base de su teoría, y viceversa, lo único que hacemos es acusarle de utilizar de hecho lo que él considera como la base, si no la extensión, del método científico —la búsqueda de una teoría simple y bien integrada, aun en el supuesto de que exija excluir lo que previamente fue considerado como conjunto de datos. Pedirle a Quine que desistiese de ello, sería insistir en que apoyase su propia teoría en patrones de evidencia ajenos. Exigirle un soporte deductivo que partiese de una base de certeza sería retroceder a algo parecido al cartesianismo. Considerar como sacrosantos los pretendidos datos requeriría adoptar una teoría de la certeza de la percepción o del conocimiento *a priori*. Exigir un fundamento estrictamente inductivo que partiese de una base cierta, sería probablemente pedir una aceptación de algo parecido al empirismo tradicional.

La circularidad de sus argumentos hace difícil, pero no imposible, argüir contra Quine. Un sistema deductivo, apoyado en una base pretendidamente cierta, si es circular, es inexpugnable. Pero el tipo de sistema que describe Quine, al estar más conectado con la plausibilidad que con la certeza, hace posible el ataque. Uno puede utilizar a Quine contra el propio Quine de la misma manera que Quine emplea contra ellos mismos los datos de los que parte. Se podría mostrar que tomando el conjunto de lo que Quine dice, pero rechazando otras cosas, se puede mejorar su sistema. Lo que importa es, empero, que el resultado debería ser un *sistema* más coherente. Un nuevo contraejemplo contrario no sería bastante, y en eso es en lo que han errado muchos filósofos. Las objeciones a elevar, si es que deben sostenerse, deben apuntar en la dirección de una alternativa al sistema de Quine. Las objeciones no deben ser propuestas como si fuesen hechos independientes de toda teoría, hechos con los que toda teoría aceptable tenga que contar. En pocas palabras, si quisiéramos ofrecer una evidencia con fuerza racional suficiente para pedirle a Quine

que altere su teoría del mundo, deberíamos mostrar que hay una teoría mejor —no simplemente que existen grietas en la suya. Su teoría debe ser refutada de la misma manera que es refutada cualquier otra teoría. *Es una teoría científica.*

En la medida en que el argumento de Quine según el cual una ciencia de lo específicamente mental puede ser separada de la ciencia “aceptable” es un argumento que depende de la anterior caracterización de ciencia “aceptable”, es un argumento circular. Pero es circular solamente por contraste con los argumentos lineales cuyas conclusiones tienen sólo la fuerza que obtienen de sus premisas. El argumento no es simplemente circular, sino algo mucho más complicado. Al argüir a favor de la separabilidad de la ciencia aceptable respecto de lo específicamente mental, Quine hace epistemología científica, y el epistemólogo científico se tiene a sí mismo como parte del tema a tratar —pues, ciertamente, su epistemología es parte de su temática. De modo que, en cierto sentido, el argumento de Quine no tiene dos partes sino una. Y más que por la metáfora del círculo bidimensional, el argumento de Quine podría ser óptimamente descrito por analogía con el absoluto devenir autoconsciente de Hegel. \*

*Versión castellana de CAROLINA HARO y JOSÉ PLANELL*

\* Aunque hace cinco años que vengo trabajando en la línea de este artículo, desde que asistí en la primavera de 1971 a las conferencias de Burton Dreben, no sabría decir con seguridad hasta qué punto se debe a su influencia la perspectiva que aquí sostengo. El último párrafo del presente artículo, en especial, procede más directamente de él que de mi propia obra. Le estoy igualmente agradecido por sus comentarios a un primer bosquejo de este ensayo.